



## XII Conferencia Preparación a la Santa Eucaristía

Cada semana la Regla nos permite tres veces comer el pan de los Ángeles. Este favor es inmenso y yo deseo vivamente, mis queridas hijas, que aprovechen esta gracia de la comunión frecuente con fervorosa devoción.

Hace falta en nuestras comuniones evitar la rutina y reanimar nuestro fervor. Para llegar mejor allí hagamos juntas algunas reflexiones.

Deseemos vivamente la Santa Eucaristía, esta preparación del deseo es esencial.

Como el hambre de los alimentos materiales marca ordinariamente la buena asimilación del cuerpo para aprovecharlos, del mismo modo el gran deseo de recibir la Eucaristía es una excelente preparación, para recibir abundantemente sus felices efectos.

Jamás estamos mejor dispuestas a recibir las gracias de este sacramento, que cuando podemos decir al Salvador: ¡Mi alma le ha deseado toda la noche, y yo desde el comienzo del día, desperté para buscarlo con todo mi espíritu y con todo mi corazón!.

Dos cosas contribuyen principalmente a motivar en nosotros el deseo de comulgar: la reflexión y la mortificación.

El deseo es un movimiento del alma, por el cual conocemos la utilidad de un bien que el espíritu anhela poseer.

Es imposible que un alma, que es llamada a su santificación y conoce el don de la Eucaristía, no sienta un ardiente deseo de aproximarse al Bien Eucarístico; pero aquí hace falta añadir la oración, la mortificación de los sentidos y la meditación de los bienes infinitos que procuran una ferviente comunión.

La Eucaristía es una fuente de delicias... ¿Para quién? para aquéllos que reinan sobre ellos mismos y no para los esclavos de sus inclinaciones naturales.

Los placeres terrenos disminuyen las fuerzas del alma y le dan menos capacidad de desear lo celeste; pero si uno se priva de los entretenimientos frívolos, iremos con fervor en el camino del Señor, gustando las dulzuras del banquete Eucarístico.

Cuando el Salvador entra en un alma bien dispuesta, —dice San Juan Crisóstomo— Él derrama allí los rayos de su luz y la llama de su unción.

Él nos invita a amarlo, a degustarlo, a abrazarlo, principalmente con fiel correspondencia a sus gracias, nos une a su Espíritu y a su corazón y el alma hace rápidos progresos en la virtud.

Tengamos el más grande cuidado en prepararnos para la Santa Eucaristía, de liberarnos de todas las cosas del mundo para ser únicamente de Jesucristo.

Los hebreos deben ceñirse los riñones para comer el cordero pascual, preparan las lechugas amargas; esto era para enseñarnos los símbolos de la abstinencia y la mortificación. ¡Cuánto nos aventajan ellos en prepararnos para la comunión por el sacrificio y la penitencia! Imitemos a Abraham, quien queriendo ofrecer su sacrificio, deja toda su sucesión al pie de la montaña y de Moisés que sube solo al Sinaí, ordenando al pueblo de permanecer abajo.

Los primeros cristianos llamaban a la Eucaristía el BIEN DESEADO porque ellos ansiaban intensamente esta comunión con Jesús.

Así sea.